

No se va a caer solito

Gonzalo Soltero

Varios aspectos de la academia se reducen a ver quién lo tiene más largo. Obviamente me refiero al CV, pero cualquier otra interpretación nos permite ver qué tan enraizados pueden estar ciertos aspectos de una masculinidad hegemónica en la universidad y la falta que hace tratarlos.

Desafortunadamente, no faltan ejemplos. He presenciado cómo durante un curso de sensibilización a cuestiones de género (presencial con transmisión por redes sociales) un profesor dejaba constancia escrita de sus micromachismos en los comentarios del evento, cuestionando a las ponentes y tratando de imponer sus opiniones sobre el tema. Al ser la expresión de género dominante, es posible también encontrar en la universidad mujeres que han introyectado este tipo de masculinidad, autoexplotándose para cumplir la visión de éxito que esta visión manda o anteponiendo la competitividad a cualquier tipo de solidaridad horizontal.

Esto se debe a una de las características principales del machismo: a pesar de tratarse de una postura discriminativa, no discrimina. En mayor o menor medida forma parte de nuestra visión del mundo. Nos acompaña a la gran mayoría de la población, que la hemos absorbido culturalmente desde la primera ropa para bebé azul o rosa que nos pusieron. La educación superior dista de ser ajena a estas cuestiones, pero desde ella podemos librar una batalla importante contra los aspectos más negativos del machismo.

Si nos remontamos a los orígenes de las posturas que cuestionan el sistema patriarcal, el feminismo nace en las humanidades y las artes, el campo que da origen a la academia, pero no en la universidad ya que durante siglos fue un espacio del que las mujeres fueron excluidas. El género literario que dio paso al debate y a los actuales estudios de género fue el ensayo. Tenemos registros muy claros, por ejemplo, en la obra de Mary Wollstonecraft o en antecedentes como la “Carta a Sor Filotea” de sor Juana Inés, que disputaron el acceso a la educación y fueron construyendo los cimientos para que las mujeres fueran admitidas en la universidad, lo que sucedió hasta fines del siglo XIX. Gracias a esos impulsos hemos llegado a la tendencia actual en la cual el mayor número de inscripciones y titulaciones en la UNAM corresponde a las mujeres.

Uno de los frutos que trajo su incorporación a la universidad son precisamente los estudios de género, un producto plenamente universitario surgido también del área de Humanidades.

A lo largo de las décadas que esta disciplina académica lleva en existencia, ha llevado a la práctica algunas de las cuestiones que la educación superior busca cultivar en sus estudiantes como el pensamiento crítico y la libertad de expresión, por medio del cuestionamiento y la visibilización de las injusticias que apareja el sistema patriarcal, tratando precisamente de desnormalizar algunas dinámicas opresoras e inequitativas que se tenían por “normales”.

Este proceso ha tomado y tomará más tiempo, pues se trata de un cambio cultural que necesita transformar perspectivas intergeneracionales. Por eso no es raro que en las discusiones en clase y en los trabajos que presentan mis estudiantes aparezcan las confrontaciones que sus puntos de vista sobre estos temas les traen con sus propias familias.

En este contexto, ¿qué ruta debe seguir la práctica y el análisis de la masculinidad en la Universidad? Algo que generalmente ayuda a cobrar consciencia sobre varias de las cosas mencionadas son las herramientas conceptuales que los estudios de género nos han brindado. Por ejemplo, los mandatos de masculinidad o feminidad que seguimos sin necesariamente estar de acuerdo, y que a veces pueden incluso hacernos comportar como marionetas de un orden con el cual no estamos de acuerdo. Estos mandatos nos dicen qué conductas debemos seguir como hombres o mujeres. En el primer caso, por ejemplo, los mandatos de masculinidad nos dicen a los hombres que debemos reaccionar defensiva o violentamente si alguien nos sostiene la mirada, si mira a nuestra pareja o si se mete en nuestro camino. Mediante el uso de estos conceptos puede comenzar un proceso metacognitivo, observando con cuáles de estos mandatos no estamos de acuerdo para irlos desactivando uno a uno, como comandos de un código patriarcal que nos ha sido instalado sin nuestro consentimiento.

Al estudiar la masculinidad violenta, además de los mandatos arriba mencionados, Rita Segato describió dos ejes sobre los que opera todo acto de violencia de los hombres hacia quienes lo sufren. Un eje vertical hacia la víctima y uno horizontal hacia sus pares para reivindicar su masculinidad, que debe refrendarse continuamente mediante actos semejantes. La universidad nos debe ayudar a combatir el machismo y el patriarcado con acciones sobre estos mismos dos ejes, de la misma magnitud pero en sentido opuesto, ayudando a las víctimas y comunicando nuestra reprobación sobre cualquier acto injusto, inequitativo o violento, así como sobre cualquier expresión de género que se construya a partir de actos o actitudes de esta índole.

Es importante también mantener una perspectiva crítica hacia las posturas “de vitrina” que se pronuncian de dientes para afuera a favor del feminismo, la diversidad sexual y el cuestionamiento a la masculinidad, sin hacer más por socavar el statu quo hegemónico. A la par, es importante tejer una hermandad horizontal y transgénerica que evite el protagonismo, los golpes de pecho, y parta de la humildad y la escucha para dejar hablar a las voces que más han sido silenciadas y lograr cambios a partir de nuestros propios escenarios micropolíticos.

Como canta la consigna de las marchas feministas, el patriarcado no se va a caer, lo vamos a tirar. Pero para lograrlo necesitamos empezar por el que tenemos dentro. De nosotros y de nuestras instituciones.



Dr. Gonzalo Soltero es profesor-investigador en la Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad León.